

*Solar, n.º 3, año 3, Lima 2007; pp. 137-168*

**El porvenir de las razas en el Perú.**

TESIS  
PARA OPTAR EL GRADO DE BACHILLER

EN LA  
FACULTAD DE LETRAS

LEÍDA POR  
CLEMENTE PALMA

LIMA  
IMP. TORRES AGUIRRE, UNIÓN 150  
1897

---

A LOS DOCTORES  
Javier Prado y Ugarteche  
Y Pablo Patrón

Dedica esta tesis su admirador y amigo  
Clemente Palma.  
Lima, Agosto 12 de 1897.

**Sumario**

**I**

**Introducción .-** El reino humano – Las leyes de la vida – El hombre como especie animal – Las razas – Los cruzamientos acertados y los erróneos – Papel de los gobiernos.

**II**

**Elementos de perfectibilidad en las razas del Perú** – La voz de muchas razas grita en la sangre de cada individuo. – La unidad en el alma colectiva.

– Sus características según Mr. Le Bon. – El acrecentamiento de los vicios y virtudes de una raza. – Las leyes del cruzamiento. – Razas principales que han constituido la población del Perú: 1° Raza india; 2° Raza española; 3° Raza negra; 4° Raza china; 5° Razas mestizas.

### III

**Raza india.** – La sangre india forma la base étnica de la entidad nacional. – Naturaleza física del indio. – La debilidad de carácter en el indio. – Su indolencia. – Falta de aspiraciones. – La astucia. – El indio es refractario a la vida de las otras razas. – Impotencia de la educación para variar la constitución mental de la raza. – Sutileza del indio. – La sutileza es carácter de las razas degeneradas: ejemplos. – Condición inferior del indio desde el punto de vista artístico. – Su arquitectura. – Pintura. – Poesía. – Aparente apogeo de la raza en el período incásico. – Razón de este apogeo. – Fue obra de una estirpe inteligente operando sobre la pasividad de la raza india. – El comunismo patriarcal era la única forma propia para una raza tan indolente. – Anarquizado el poder central el imperio cayó y la unidad se disgregó. – El coloniaje acentuó la inferioridad del indio. – Radio de acción, pequeño para la influencia española. – La independencia no levantó al indio. – Sólo hizo eco en las razas mestizas. – Imposibilidad de fundar en la raza india esperanzas de progreso.

### IV

**El español.** – Formación de esta raza por el cruzamiento del ibero con el latino. – Brillantes condiciones con que entró a la vida. – El gasto nervioso que hizo para constituirse en la Edad Media degeneró el carácter e intelectualismo del español. – Formas de esa degeneración. – Características de la raza. – Tenacidad. – Valor; formas líricas de ese valor. – Amor a las formas. – Fanatismo. – Imaginación fogosa. – Intelectualismo superficial. – Espíritu de rebeldía. – Inmoralidad política y privada. – En resumen: la raza española muy superior a la india, no ocupa, en las razas superiores, un sitio muy elevado.

### V

**El negro.** – Inferioridad étnica del negro. – Razón de la brillante civilización del Egipto. – Acción de razas extranjeras superiores en épocas prehistóricas. – El negro salvaje, entregado a la animalidad, fue el que se importó al

Perú. – El negro es físicamente vigoroso. – El medio favoreció su desarrollo físico y aniquiló su poca energía mental. – El *Kraal* es su mejor concepto de vida social. – Es una raza sana. – No ha tenido desgaste nervioso. – Elemento degenerativo que lleva en la sangre y que rápidamente obraría en la vida civilizada: la sensualidad. – Su odio a las razas superiores. – Su fanatismo. – La lucha de razas. – En resumen, es una raza muy inferior.

## VI

**El chino.** – El imperio celeste. – Inferioridad de la raza china. – Es una raza decrepita. – Forma pueril, extravagante y artificiosa de su vida mental. – La raza china no representa nada en la historia. – Inmovilidad de esta raza. – Vanos esfuerzos de los pueblos europeos por hacerlos entrar en el concierto universal de las naciones. – Sangre enferma por el estancamiento. – Enfermedades propias de la raza. Imaginación y sutileza del chino. – Formas de su vida artística. – Egoísmo. – Su absoluta indolencia para el dolor humano.

## VII

**Las razas mestizas.** – Cruzamiento del español con el indio. – Causas que favorecieron este cruzamiento: escasez de mujeres de aquella raza; la hermosura femenina en algunas tribus del norte; la pasividad de la india. – El cruzamiento se verificó en algunos puntos de la costa y centros mineros. – La gran porción india que no se cruzó está llamada a desaparecer, obedeciendo a una ley sociológica. – intervención de la raza negra. – Su inmediato cruzamiento. – Causas que lo favorecieron: la pequeñez de la población sometida al régimen colonial; la gran extensión del virreinato; la sensualidad del español, del mestizo y del negro; la condición misma de la negra que tenía que someterse. – Diferentes clases de mulatos. – Sus caracteres. – *La china* (mulata cuarterona.) – La raza china no llegó a producir mestizaje. – Repugnancia de las razas por el chino. – Su debilidad genésica. – El opio. – Asquerosidad de la vida china en Lima. – El mestizo de chino sale tan degenerado que no llega a la edad viril.

## VIII

**La raza criolla.** – Con todos estos elementos étnicos se ha formado la raza criolla. – Características que constituyen la tonalidad psíquica de esta

raza mixta. – Bondad de genio (acción del medio.) – Espíritu artístico (acción de la raza española.) – Sensualidad (acción de las razas negra y española.) – Fanatismo (acción de las tres razas.)

## IX

**Porvenir de las razas y su terapéutica.** – La raza india pura es inepta para la civilización. – Está condenada a cruzarse o a desaparecer. – El empuje de la civilización la exterminará. – El sistema yankee inadoptable. – La raza negra desaparecerá, como entidad pura, por absorción. – La raza china desaparecerá por inadaptación o por disposición gubernativa. – La única raza de porvenir es la criolla, o sea las razas mixtas unificadas por la acción del medio. – La falta de carácter imposibilita a esta raza para constituir una nacionalidad avanzada. – El carácter no lo dan las leyes ni la educación. – La República Argentina. – Terapéutica del carácter. – El cruzamiento con una raza enérgica. – El criollo está en excelentes condiciones para cruzarse con ella, por su condición de raza media. – La raza alemana. – Grandes condiciones de intelectualismo, energía y moralidad de esta raza. – Misión de los Gobiernos en este sentido. – Conclusión.

---

SR. DECANO,

SEÑORES:

El reino humano, como todos los reinos de la Naturaleza, tienen una gran misión que llenar en la evolución grandiosa de la vida universal. Rueda importante en el mecanismo cosmológico, está sujeto a las leyes biológicas que rigen la vida: el nacimiento, como resultado o evolución de fuerzas anteriores; la actividad, como acción de las fuerzas inmanentes; el desgaste, como ley fatal de todas las energías; la transformación, como epílogo de las actividades que han cumplido su ley. El mecanismo de la vida es complicadísimo. De allí las infinitas leyes que accionan en la Naturaleza: unas cuantas leyes generales subdivididas hasta la ilimitación: desde las leyes de unidad del Macrocosmos hasta las de multiplicidad del Microcosmos; desde las leyes del organismo animal, hasta las leyes de la actividad psíquica; desde las leyes ciegas e inflexibles de lo inerte, hasta las leyes aparente-

mente flexibles, con ropajes seductores de libertad, con que entra el hombre a obrar en el concierto universal de la vida, desde las leyes de unión que junta a los hombres, y forma las sociedades, hasta las leyes de destrucción y de necesidad, que los separa y crea la guerra, tanto del hombre al hombre, como del pueblo al pueblo, y aun de raza a raza; desde las leyes sutiles que rigen el cerebro del sabio y del artista, hasta las leyes sociológicas que obran en el alma de las multitudes conscientes o inconscientes. Prescindiendo de los organismos fisiológicos y de la vida psíquica posible en las regiones ultraterrestres, es indudable que lo más perfecto, desde el punto de vista de la combinación y de la variedad de las leyes y de las fuerzas, es el hombre. En vano el ascetismo cristiano ha predicado la inferioridad y miseria de la Humanidad: ella es una síntesis, una corona de la actividad infatigable del Cosmos.

El género humano, como todas las clases animales, está dividido en razadas o especies, superiores las unas a las otras, bien en la cantidad o intensidad de fuerzas psíquicas que puede poner en actividad: así unas son más intelectuales, otras más imaginativas, otras más dotadas de carácter y energía de volición; bien en la fuerza física: así hay razas vigorosas, fornidas, que hicieron creer en dinastías de gigantes, como las hay enclenques y débiles que hicieron creer en los pueblos de pigmeos.

Y así como los cruzamientos acertados en las especies de animales dan por resultado especies, si no nuevas por lo menos especies mejoradas que resultan ser la combinación de los elementos sanos de los componentes, que resultan ser una floración nueva de los elementos que entraron en el injerto; y la nueva generación o razada emprende un rumbo firme en la vida social, con más intelectualismo, si ello era lo que faltaba a una de las razas primogénitoras, o con más energía si era el carácter lo que faltaba en las mismas; así un cruzamiento erróneo da por resultado razas enfermas; viciosas, agotadas, que entran a la campaña por la vida sudorosas, fatigadas, y caen aniquiladas por los elementos de degeneración que traen en la sangre, caen no para morir, no para desaparecer, porque las razas no mueren de un modo absoluto, sino para arrastrar el carro triunfal de las razas victoriosas. El legislador sabio, el monarca celoso de la vida física y moral de su pueblo no es el que le halaga, no es el que da leyes eficaces para la vida política y administrativa de su estado, no el que hace fecunda las garantías individuales y prosperar la riqueza nacional, no basta eso: es preciso que el legislador y el monarca, a modo de patrones de un fundo agrícola, tenga la mirada fija en los cruzamientos de su pueblo, que dirijan su trabajo a conservar íntegras

las fuerzas mentales y las energías psíquicas de la comunidad vastísima encomendada a sus cuidados, así como sus fuerzas físicas y la salud y vigor de su sangre y de sus nervios, renovando las energías gastadas, oponiendo a la degeneración de las razas la revivificación de la sangre, por medio de corrientes nuevas que favorezcan la selección de los mejor dotados. Cruzar las razas débiles con las fuertes, las razas artísticas con las razas prácticas, aniquilar con cruzamientos sucesivos los gérmenes de razas inferiores, sustituir glóbulos de sangre anémica y vieja con los glóbulos de una sangre pletórica y sana; en una palabra, sostener la virilidad y salud del pueblo con una solicitud semejante a la de los ganaderos: vigilando y afanándose por la selección de las razas.

## II

En el Perú es fácil observar cuales son los elementos de perfectibilidad y progreso que ofrece nuestra sociabilidad, observando las características de las diferentes razas que han entrado en juego para formar el alma colectiva de nuestro pueblo, alma colectiva que en realidad no existe, porque ella se forma cuando, después de muchos cruzamientos y selecciones, se ha llegado a constituir una raza homogénea que responda a un solo interés, a un solo ideal, a una sola aspiración; cuando el espíritu nacional palpita con la misma intensidad en la vida mental de los hombres, cuando se agitan a impulsos de tres elementos comunes que, como dice Le Bon, son las características de la unidad de alma en la vida colectiva de los pueblos: la igualdad de intereses, la de sentimientos, la de creencias. Y como cada raza siente en lo íntimo de su actividad bullir exigentes los intereses, sentimientos y creencias propios de ella, resulta que, mientras no se haga la fusión de ellas en el Perú, encima del lazo ficticio de la unidad nacional estará la acción profunda e invencible de las aspiraciones sordas de raza. «El hombre es siempre el representante de su raza. El conjunto de ideas y de sentimientos que traen los individuos del mismo país al nacer, forman el alma de la raza. Invisible en su esencia, esta alma es muy visible en sus efectos, porque ella es la que en realidad rige toda la evolución de un pueblo. Se puede comparar una raza al conjunto de células que constituyen un ser vivo. Esos millares de células tienen duración muy corta, aunque la vida del ser formado por su unión sea relativamente muy larga: tiene una vida personal, la suya: y una vida colectiva, la del ser que forman. Cada individuo de una raza tiene también una vida personal muy corta y una colectiva muy larga: ésta es la de la raza en

que ha nacido, a cuya perpetuación contribuye y de la cual depende siempre. La raza debe ser considerada como un ser permanente. Este ser está compuesto no sólo de los individuos vivos que lo forman en un momento dado, sino también de la larga serie de muertos que fueron sus antepasados. Para comprender la verdadera significación de la raza, es menester prolongarla al pasado y al porvenir. Infinitamente más numerosos que los vivos, los muertos son también infinitamente más poderosos. Ellos rigen el inmenso dominio de lo inconsciente, ese invisible dominio que tiene bajo su imperio todas las manifestaciones de la inteligencia y el carácter. Por los muertos más que por los vivos, es que un pueblo se conduce. Son ellos los que crean la raza: siglo tras siglos han modelado nuestras ideas y nuestros sentimientos, y por consecuencia todos los móviles de nuestra conducta. Las generaciones difuntas no nos imponen solamente nuestra constitución física; nos imponen también sus pensamientos. Los muertos son los maestros y amos indiscutidos de los vivos: cargamos el peso de sus faltas y la recompensa de sus virtudes.»

A la luz de estos brillantes principios de Mr. Le Bon (I) es fácil comprender la gran trascendencia que tiene, para el porvenir del Perú, la evolución de sus razas y la importancia del estudio sociológico que sobre esta materia escribió el Dr. Javier Prado. Cuatro razas, presenta hoy nuestra Patria en una pugna sorda y terrible verificada dentro de las venas de la población; cuatro razas que batallan, en los glóbulos de nuestra sangre, la campaña misteriosa del porvenir y cuyo triunfo, de cualquiera que sea, sería siempre el triunfo de una raza agotada por la lucha, desgastada por la falta de renovación, malograda por la acción de los vicios no reprimidos y más bien alentados. Perfectamente conocido es el principio matemático de que el acrecentamiento y efectos de los vicios y virtudes de una raza, siguen una progresión geométrica, cuando esas razas son adaptables u orgánicamente pre-dispuestas a los vicios o virtudes que adquieren; proporción muy justificable, teóricamente, puesto que es la misma que sigue la Humanidad en su desarrollo genésico. Enseñad a una raza nueva, pero nerviosa y ávida de placer, un vicio agradable, la embriaguez por ejemplo: si en la primera generación hubo dos borrachos, en la segunda, por lo menos, habrá cuatro; en la tercera ocho. Ahora bien si, en vez de enseñarle vicios, esa raza los trae en su sangre indudablemente que la progresión geométrica es más segura y más alarmante. Sí, - se dirá - pero al paso que los vicios crecen en proporciones

(I) Le Bon, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*.

tan aterradoras, las virtudes siguen igual marcha, y el equilibrio entre ambas cosas podría anular la acción destructora que los vicios ingénitos podrían ejercer en la vida social y física de una raza. Esto no es cierto completamente, tratándose de razas diferentes, que se ponen en contacto, porque el equilibrio no puede establecerse; porque si los vicios son los mismos, las virtudes no lo son: hay pues una recrudescencia en aquellos que rompe el equilibrio, que mina con mayor intensidad la salud física y moral de las razas que mutuamente se empujan a la degeneración. Y esto es lo que ha sucedido en el Perú; los vicios fueron casi los mismos en todas las razas que contribuyeron a la formación de nuestra vida actual, y las virtudes que cada raza trajo quedaron opacadas por los defectos, aniquiladas por la creciente acción de los malos elementos.

Los cruzamientos de las razas para que sean eficaces y fecundos en resultados que favorezcan la mejora intelectual, moral y física de un pueblo, están sujetos a conocidísimas leyes biológicas y fisiológicas para que me ocupe aquí de ellos. Baste decir que, a semejanza de lo que sucede con los animales, es necesario, para mejorar una raza, fusionarla con una raza superior, en condiciones tales que ésta no pueda ser absorbida por aquélla; que no haya un antagonismo profundo entre ellas, porque entonces no resulta la combinación sino el hibridismo, un hibridismo que traduce los defectos de ambos componentes; que la irrupción de la raza superior bien sea paulatina, bien sea violenta, se haga en el momento histórico más conveniente; que la ingerencia de la sangre sana sea continua; que siga operando sobre las primeras generaciones de mestizos y que el medio donde se desarrollan sea constante.

En el Perú, las principales razas que han constituido el alma del pueblo, han sido y son: 1° la india, raza inferior, sorprendida en los albores de su vida intelectual por la conquista; raza que representaba probablemente la ancianidad de las razas orientales, que era, por decirlo así, el desecho de civilizaciones antiquísimas, que pugnaban por reflorcer nuevamente en un *ricorsi* lento y sin energía, propio de una decrepitud conducida inconscientemente en las venas; 2° la raza española, raza nerviosa, que vino precisamente en una época de crisis, de sobreexcitación en su sangre, de actividad desmesurada, y que por lo tanto tenía que obrar más tarde con las energías gastadas, con el cansancio nervioso y la debilidad moral que sucede a los periodos de mayor gasto; raza superior, relativamente a la raza indígena, pero raza de efervescencias y decai-



mientos, raza idealista y poco práctica, raza turbulenta y agitada, raza más artística que intelectual, de carácter. vehemente pero no de carácter enérgico, voluble e inestable; 3° la raza negra, raza inferior, importada para los trabajos de la costa desde las selvas feraces del África, incapaz de asimilarse a la vida civilizada, trayendo tan cercanos los atavismos de la tribu y la vida salvaje; 4° la raza china<sup>1</sup>, raza inferior y gastadísima, importada para la agricultura, cuando la República abolió la trata de negros<sup>2</sup>, raza viciosa en su vida mental, completamente abotagada la vida nerviosa por acción del opio, raza sin juventud, sin entusiasmos, de un intelectualismo pueril a causa de su misma decrepitud; y en la que el carácter de raza por el régimen despótico se ha hecho servil y cobarde y 5° las razas mestizas que han provenido del cruzamiento de las tres primeras razas, que si bien representan desde el punto de vista intelectual una superioridad sobre el indio y el negro, son insuficientemente dotadas del carácter y del espíritu homogéneo que necesitan los pueblos para formar una civilización progresiva: les falta esa fuerza de unidad que es necesaria para constituir el alma de una nacionalidad. Brevemente haré algunas observaciones sobre la índole de cada una de estas razas.

### III

El indio es, en el Perú, el elemento étnico constitutivo de la entidad nacional, es la materia prima de nuestra organización social. De los dos millones y medio o tres que forman el total de la población peruana, tan sólo una tercera parte es de mestizos o de descendientes directos de españoles, y aún por las venas de este tercio corre abundante la sangre indígena. Siendo el elemento más numeroso, es muy natural que la acción de esta raza en el espíritu nacional sea poderosa, puesto que ella es la que expone la nota de carácter. Físicamente, el indio es débil: parece que cargara sobre sus hombros el peso de un ideal malogrado y que el recuerdo de un pasado esplendor hubiese paralizado su desarrollo físico, sumiendo todas sus carnes en el estupor cataleptico que le enerva. Uno de los signos característicos de la debilidad es la precocidad de la vida sexual, así como su retardo es signo de vigor. En las razas fuertes del norte de Europa empíezase a la vida sexual en una época en la que en América se siente los primeros espesamientos del hastío. El indio, a los doce o catorce años, es todo un hombre; y la india, desde antes de esa edad, es una mujercita que se siente capaz de ser madre. Es curioso observar que esta precocidad, que es como un robo de tiempo a la niñez y a la juventud y como un llamamiento desesperado a la vejez, propio de razas que sienten el peso de una

ancianidad que les oprime los riñones, se encuentra en casi todas las razas degeneradas bien por el vicio, bien por la decrepitud: así entre los chinos se observa igual cosa, y se observa en plena vida civilizada y brillante como es la de París (I). Sin embargo de ser el indio raquítico, tiene una asombrosa resistencia para el trabajo, como la tiene el chino, cuyo raquitismo no se pone en duda. El indio, como el español es fanático y supersticioso; tímido por naturaleza, cobarde y servil, puede, sin embargo, arrostrar la muerte y hacer actos aparentes de valor temerario, pero sin tener la conciencia clara de lo que emprende; inconscientemente sucumbe en una lucha, ignorando por qué lucha; se entrega atado al fanatismo, no de una idea, porque en su cerebro no es posible la labor activa de una idea, sino de un hombre, de un jefe, y va donde ese hombre, que fácilmente se le ha impuesto, le lleve; hace lo que le ordene, y muere si ve que otros mueren, con la sumisión estúpida del rebaño. Por eso el indio, hábilmente vigilado y explotado, es un soldado espléndido; con el pecho irá, si se le ordena, a cubrir las bocas de los cañones. Pero así como posee un valor colectivo, estúpido, debido a la debilidad de su carácter y a la inactividad de su cerebro, así como muere en una batalla o en una labor sin imaginar por qué muere, con la misma facilidad es capaz de una traición. Después de batalla, sea después del triunfo o de la derrota, no le queda esa silueta vaga y misteriosa, esa intuición difusa que queda en otros cerebros de ignorantes sobre la significación moral de un hecho, no le queda esa satisfacción profunda o esa tristeza íntima por el éxito favorable o adverso: no, si es vencido, le queda el pesar de un botín perdido; si es victorioso la alegría de una expectativa de embriaguez alcohólica. El indio no tiene aspiraciones; todas ellas se reducen a vivir tranquilo en su comunidad, poseyendo unas cuantas varas de tierra para sembrar papas y coca con qué alimentarse y alimentar a sus mujeres e hijos, una botella de ron con qué embriagarse, y nada más; no necesita más. De esta falta de aspiraciones se explica su poca iniciativa, su inactividad mental, que a lo más, en materia de lucubraciones cerebrales, puede llegar a la astucia. El indio, como el chino, es refractario al contacto con los hombres que no son de su raza, como si sintieran agitarse en el fondo de su sangre la conciencia de su inferioridad étnica y se sintiera humillado; ante los otros hombres está como ante un enemigo; concentra las pocas fuerzas mentales que posee para disimular el odio sordo que le tortura y, mientras se humilla, mientras simula el cariño, mientras se arrastra miserablemente, va acumulando en su alma todos los

(I) Mantegazza, *L'amour dans l'humanité*.

rencores atávicos que le devoran para buscar esta salida: o huir o destruir. Cuando un extranjero o criollo llega fatigado, hambriento, muerto de sed, a la choza de un indio, éste no le dará, por todo el oro del mundo, un rincón para que descansa, un pedazo de carne y un poco de agua: prefiere arrojarlo o darlo a sus animales. El viajero se moriría sino le arrancara por la intimidación lo que premiosamente necesita. Jamás intenta el indio asimilarse los elementos de progreso de los hombres superiores; esos elementos no los ve desde el punto de vista de la utilidad que le proporcionarían: los ve como las manifestaciones malditas de una superioridad que ni siquiera envidia, de una superioridad que no comprende, pero que le hiere, que le ofende, como ofende el sol con su luz cálida y esplendorosa la pupila de ciertas aves nictálopes. Y es que, por una intuición inconsciente comprende el indio que el valor de su raza no sube por el hecho de adaptarse tales o cuales conocimientos, tal o cual forma de vida, porque ni la educación ni el método hacen la menor huella en los caracteres

fundamentales de una raza. La raza india no es ni será adaptable a la vida civilizada de las razas indo-europeas, porque es una tendencia ingénita en ella como en todas las inferiores, el aislamiento y la refracción con respecto a las ideales y la vida psíquica y hasta material de los extraños. A este respecto dice muy bien el sabio Le Bon: «el abismo de constitución mental que separa a las diversas razas nos explica el porqué los pueblos superiores han fracasado cuando han querido hacer aceptar su civilización a pueblos inferiores. La idea tan general aún de que la instrucción pueda cambiar el carácter es una ilusión de las funestas que los teóricos de la razón pura han acariciado. Sin duda que la instrucción permite, gracias a la memoria que poseen los seres más inferiores – y que de ningún modo es un privilegio del hombre – dar a un individuo colocado muy bajo, en la escala humana, el conjunto de nociones que posee un europeo. Fácilmente se hace un abogado o un bachiller de un japonés o de un negro; pero con eso sólo se consigue darle un barniz superficial, sin acción sobre su constitución mental. Lo que ninguna instrucción puede darle, porque sólo la herencia lo crea, son las formas del pensamiento, la lógica, y sobre todo el carácter de los occidentales. Aquel negro o japonés acumulará todos los diplomas posibles sin llegar jamás al nivel de un europeo ordinario. En diez años se le dará fácilmente la instrucción de un inglés aprovechado; pero para hacer un inglés, es decir, un hombre que obre como un inglés en las diversas circunstancias en que esté colocado, apenas bastarían mil años. No es sino en apariencia que un pueblo puede transformar su lengua, su constitución, sus creencias o sus artes. Para operar en realidad tales cambios es preciso cambiar su alma».

El indio, y esto también es un carácter de las razas inferiores y aún de las superiores degeneradas, tiene la tendencia a lo sutil y a lo pequeño. Parece que la poca actividad mental de los indios se desarrollara especialmente en aquellos trabajos de paciencia en que la inteligencia digiere con facilidad, porque el esfuerzo es lento y aplicado a cosas que, por su pequeñez, requieren un trabajo de análisis sutil. Esta sutileza, este análisis pueril, repito, es como han observado todos los psicólogos, una fuerza propia de las razas inferiores y de las degeneradas superiores. Así los romanos y los griegos fueron sutiles cuando el imperio se hundió en la decadencia: el bizantinismo no es sino la sutileza. Los chinos y los japoneses, razas muy inferiores y muy viejas, son sutiles. Hoy mismo, en razas actuales superiores como la latina, las escuelas literarias y artísticas llamadas de la decadencia, buscan la realización del Arte en el refinamiento y la sutileza. Las razas sanas y vigorosas son sintéticas, y lo prueban las razas germana e inglesa que, a un análisis profundo y concienzudo, añaden un poder de síntesis maravilloso.

Desde el punto de vista artístico, la raza india se encuentra también en una condición muy inferior. La pesadez de su Arquitectura, trataba de imponer, por la acumulación de material, lo que no podía conseguir como expresión de un bello ideal definido. En sus dibujos expresaba claramente la torpeza de la concepción, la animalidad complacida con los tonos bruscos de color, la oscuridad de simbolismos muy vagamente grabados en su cerebro. En su música y en su poesía, sobre todo en la Música, arte para el que la raza india está mejor dispuesta, revelan la amargura de una herencia de sangre malograda, el cansancio inconsciente de una larguísima jornada hecha por ignorados antepasados, la melancolía propia de seres inculpables de su infortunio y que, sin embargo, traen por una ley inexorable de la naturaleza, responsabilidades que cancelan con lágrimas y sollozos. Las razas jóvenes no son, no tienen por qué ser razas tristes: muy al contrario, ellas deben revelar en su vida artística la alegría de surgir a la vida, el candor y la ingenuidad de la sorpresa al comenzar su vida en un medio físico tan halagador y exuberante, como es la América; y sin embargo, los indios son tristes, melancólicos, como si sintieran sobre sus hombros el peso de los dolores de toda la Humanidad, como si hubieran traído a la vida la dolorosa experiencia de la vejez, como si ellos fueran la personificación de la decrepitud y degeneración de las razas. Todo esto expresado en formas muy poco artísticas, al menos, según el concepto que del Arte tienen las razas superiores y que los estetas consideran como la expresión de un intelectualismo adelantado.

Podría decirse que la raza india tuvo un apogeo durante el periodo incásico. Esto no es rigurosamente cierto. Durante la tutela del Inca había una raza homogénea que pudo concentrar toda la actividad mental en formar una nación compacta; pero ello no fue el resultado de las aspiraciones de una raza; muy lejos de eso, ello no fue si no el hipnotismo de un hombre de talento como Manco, hipnotismo que continuaron sus trece sucesores. La misma facilidad con que se formó el imperio de los Incas prueba la debilidad de la raza que lo constituyó. Para ese imperio formado por hombres sin iniciativa, sin esfuerzo propio, sin virilidad, no podía convenir sino una forma de organización en que la vida mental se concentrara en un corto número, en que la actividad toda partiera de un centro para ahorrar así a los asociados un esfuerzo que, por lo demás, no habían de hacer. Esa forma fue, como en la china, el comunismo patriarcal. El poder central se encargó de repartir la riqueza, de reglamentar la vida, de alimentar, de vestir, de hacer familia, etc.; se habría encargado hasta de lavar a los hombres, si la limpieza hubiera sido necesaria para la vida del imperio. No fueron los indios, míseros avejentados, los que crearon ese imperio relativamente próspero, fue el espíritu de un hombre misterioso, de un sabio legislador, que quizá tuvo en su sangre algunas gotas de sangre aria, que quizá fue extranjero, que quizá surgió de esa misma raza desgraciada como una flor exótica, como una de esas inexplicables anomalías de la naturaleza que hace brotar un intelectual entre una generación de idiotas, y un idiota en una generación de intelectuales. Así fue como desde el siglo IX, según unos, y desde el siglo XI, según otros, en que apareció Manco Capac, hasta principios del siglo XVI, en que se realizó la conquista, hubo un período de vida definida, de vida organizada, de nacionalidad, en la raza india, debido a ese espíritu levantado de una estirpe civilizadora. Apenas la terrible anarquía rompió esa unidad del Imperio, se derrumbó éste como un gigante de humo al soplo de viento de conquista que trajo a los aventureros de España. Bastó la anarquía de la estirpe regia, es decir de lo único que constituía la unidad, la fuerza, la médula del Imperio incásico, para que el enorme cuerpo de vida artificial volviera a la disgregación, a la condición de tribu salvaje. El espíritu enérgico, audaz y astuto de ciento setenta españoles bastó para vencer y dominar a diez millones de indios. Tal era la nulidad moral, la debilidad de fuerza colectiva de esa raza. La mitad de los españoles, la cuarta parte habría obtenido el mismo resultado con igual facilidad.

El coloniaje humilló y deprimió más el espíritu de la raza india cuya condición mental era tan rudimentaria que, en una época en que la vida intelectual de Europa era muy elemental, en una época en que la distancia entre el intelectualismo de la raza india y el de la invasora no podía ser tan grande como es hoy, fue necesaria una bula del Papa que declarase hombre al indio. Refractario por su espíritu de aislamiento a la nueva civilización, el indio nada asimiló de los españoles que, por otra parte, siendo pocos numerosos para colonizar una extensión de terreno tan vasta como el Perú, sólo pudieron dirigir su acción a la costa y a uno que otro centro minero. No teniendo el indio a su padre el Inca que vigilaba su vida y la metodizaba, siguió embruteciéndose en la inactividad, en la vida sedentaria de sus serranías, y fue afianzándose más la labor degenerativa de su sangre con la depresión moral en que se encontró y con los vicios que adquirió del español. Añádase a esto la acción de la coca de la que hace el indio tanto consumo. (I) Aun aquella porción que vivió en contacto con los españoles nada asimiló, más que el hábito de beber alcohol.

En estas condiciones psicológicas y fisiológicas vino la autonomía del Perú, autonomía que no fue para esa raza otra cosa que un cambio de nombre, y para gran parte ni eso. La autonomía alteró sólo la vida civil de las poblaciones de la costa habitadas por mestizos, quienes podían tener una idea más clara del significado político de la nueva forma, podían tener idea, porque en ellos hablaba ya la sangre superior que tenían en las venas a causa del cruzamiento.

En resumen, la raza india es una rama degenerada y vieja del tronco étnico del que surgieron todas las razas inferiores. Tiene todos los caracteres de la decrepitud y la inepticia para la vida civilizada. Sin carácter, dotada de una vida mental casi nula, apática, sin aspiraciones, es inadaptable a la educación, la que podría transformar, ya que no los caracteres esenciales de raza, siquiera los secundarios. El progreso de las naciones, más que la inteligencia, lo hace el carácter, y a este respecto el abismo que separa a la raza india de las razas perfectibles es enorme.

---

(I) En Rusia se intentó el uso de la coca en el ejército; pero al cabo de cierto tiempo comenzaron los soldados a dar pruebas muy marcadas de embrutecimiento. Está probado que la coca, como todo excitante, es un veneno lento de la inteligencia.

## IV

El espíritu español que trajeron los conquistadores era indudablemente superior al de la raza indígena. El ibero y el galo, al cruzarse con la raza latina, dieron frutos admirablemente sazonados para la civilización. La degeneración, en que el carácter romano había caído, se detuvo, y el imperio floreciente, que había muerto como entidad política, brilló más que nunca en esas hijas que nacieron con todos los elementos de la voluntad y de la inteligencia más favorecedores del progreso. El espíritu artístico de los griegos, el espíritu práctico y administrador de Roma, la energía indomable de las razas bárbaras, puras, sin vicios y por consiguiente sanas y fuertes, todo eso se fundó en un consorcio feliz en dos pueblos jóvenes: Francia y España.

Pero hay una ley fatal, que puede observarse en la vida de todos los imperios y todos los pueblos de la tierra, y es que la actividad excesiva de una raza trae necesariamente su degeneración y, por consiguiente, la vida mental y el carácter sufren ese funesto resultado. Parece que el alma de toda actividad humana estuviera en los nervios, y que la biología social debe dirigirse únicamente al organismo nervioso de la humanidad; altérese la normalidad sana de los nervios y todo se altera: conceptos, energía, moralidad, sensibilidad, todo esto, desde luego, dentro de los límites de aquellos caracteres irreductibles que forman los trazos de una raza y sirven para diferenciarla de otra a través de todas las modificaciones, a través de todos los apogeos y todas las decadencias. Tras de una actividad excesiva viene el cansancio, como si las energías se hubieran desgastado: la fuerza intelectual se vuelve sutileza; la moralidad recta y severa, casuística astuta; la fe razonada, fanatismo discutidor; la amplia emoción estética, refinamiento estrecho. Igual cosa sucede con el carácter: la energía se transforma en voliciones inestables, en vehemencias locas, en cegueras violentas y caprichos injustos. Tal cosa sucedió con España: la lucha secular que mantuvo con los moros; el derroche de actividad, las crisis económicas por la que pasó en la Edad Media, hicieron un gasto considerable de fuerzas nerviosas, lo que trajo por consecuencia la decadencia de la raza: a los Cides y Pelayos siguieron las generaciones de fanáticos y de aventureros que vinieron a nuestras comarcas.

Procuraré sintetizar las características de esta raza. Físicamente el español conquistador es fuerte, nervioso, sano aparentemente, pero con los vicios de raza que resultaron de su cruzamiento con la raza africana, que, por ocho siglos, vivió en España. Como carácter, el español es tenaz mien-

tras le duran las vehemencias, valiente porque el valor es una idealización de su vida, pero ese valor arrebatado y heroico dista mucho de ser el valor sereno de las razas prácticas. El valor del español, por una efervescencia de las razas meridionales, es siempre inútil y sin acción en lo que constituye la mejora social e intelectual de su pueblo. Jamás el español ha tenido más valor que el de un lirismo ingénito, puesto al servicio de cualquiera frivolidad. El español se hacía matar con la misma facilidad por librar a una dama desconocida de las impertinencias de un incógnito galán, como en los campos de batalla defendiendo un dogma o la integridad de la patria, como en defensa de un céntimo o en nombre de una preocupación. El español ama el valor y la lucha por ellos mismos no por los resultados, no por las consecuencias. El mismo lirismo de don Quijote, es el que palpita en toda la raza.

Raza soñadora y exaltada, es fría, impasible para todo aquello que no reviste formas bellas, para todo aquello que no significa un triunfo inmediato. Instintivamente rechaza todo aquello que sea preparativo para un porvenir lejano, y con gusto sacrifica un año de ventura si ello le exige mortificaciones para el día siguiente. Formulista y pomposo, transige con el mal si viene con boato y apariencias fastuosas. De allí, de esta nota de su carácter, resulta la brillantez del idioma y la poca profundidad de su intelectualismo: por eso, mientras el Arte ha adquirido un desarrollo notable en España, la ciencia es muy pobre. De allí también la resistencia que presenta siempre el español a la marcha progresiva de la Humanidad, su amor a lo pasado, a lo tradicional: las edades que pasan son más poéticas, más artísticas que las edades que vienen, porque éstas son científicas. A pesar, pues, del valor español, a pesar de la vehemencia y ardor con que se lanza en persecución de sus ideales siempre utópicos, siempre pueriles, siempre formales, jamás prácticos, jamás trascendentales, jamás reflexivos, no se pueda decir que desde el punto de vista del carácter la raza española sea una raza superior. Dice Le Bon, sobre los elementos que constituyen el carácter de las razas superiores: «El carácter está formado por la combinación de los diversos elementos que los psicólogos designan generalmente con el nombre de sentimientos. Entre estos juegan el rol más importante: la perseverancia, la energía, la facultad de dominarse; cualidades todas derivadas de la voluntad. Mencionaremos también entre los elementos fundamentales del carácter, aunque sea una síntesis de sentimientos muy complejos, la moralidad. Este último término lo usamos en el sentido del respeto hereditario a las reglas sobre las que reposa la existencia de una sociedad. Tener moralidad, para un pueblo, es tener ciertas reglas fijas de conducta y no separarse de



ellas. Estas reglas varían con el tiempo y los países. La moral, por esta razón, parece muy variable, y lo es en efecto: pero para un pueblo dado, y en un momento dado, debe ser invariable. Hija la moralidad del carácter y no de la inteligencia, no se constituye sólidamente sino cuando se hace hereditaria, y por consecuencia inconsciente. De una manera general la grandeza de los pueblos depende, en gran parte, del nivel de su moralidad». Si con espíritu apasionado se hace la aplicación de estos caracteres a la índole de la raza española, se verá que ninguno le conviene, que ninguno es constitutivo en ella: el español es fácilmente seducido por las formas; mal puede, pues, considerarse como raza enérgica una raza que obedece más que a la conciencia firme e inmutable del deber, a la seducción de las apariencias. En este sentido, tan débil es el indio como el español, sólo que el medio para explotar a ambos es diferente: al indio no le seducen las formas bellas, pero se le intimida y cede sugestionado, vencido; al español no se le intimida pero se le seduce, y tanto el uno como el otro, con más o menos claridad en el conocimiento, son instrumentos dóciles en manos de un hábil explotador. Aparentemente enérgica, la raza española es débil. Desde el punto de vista de la moralidad, pocas razas más inmorales en todas las manifestaciones de la vida social y política que la española: es en ella donde más fecunda ha sido aquella máxima jesuítica de que el bien justifica los medios. Raza eminentemente pasional, no tiene el dominio suficiente sobre sí misma para sujetar su vida a la norma del deber. El deber, el orden no tienen, para la raza española, más objeto que ser infringidos. El espíritu de sublevación, siempre en pie, en el alma española es lo que hizo germinar más que en otra parte esa índole aventurera, temeraria y audaz que es legendaria. Por eso sorprende el espíritu metódico, la energía serena y los hábitos de moralidad y trabajo que distingue a los barceloneses; parece que no fueran españoles, y en realidad puede decirse que ellos son españoles a medias. Desde el punto de vista de la intelectualidad, indudablemente es un abismo el que separa al español del indio; pero con todo no puede decirse que ocupen un puesto muy alto entre las razas intelectuales. Demasiado lírica, demasiado imaginativa, no ha podido dedicarse esta raza a grandes especulaciones científicas; el proceso del pensamiento español se ha perdido siempre entre las fantasmagorías poéticas de la fantasía: la lista de sabios, de inventores, de filósofos, de pensadores españoles es muy corta; no así la de sus poetas y pintores.

En resumen, pues, la raza española sólo trajo como elementos superiores de progreso con la conquista, superiores en relación con los elementos

existentes aquí, la vehemencia, el valor, la audacia en lo que hace al carácter; la imaginación ardorosa, el espíritu artístico, en lo que hace a intelectualidad.

Intencionalmente no me he querido ocupar de muchas cualidades y sentimientos nuevos que trajeron los españoles, porque son de un carácter secundario, ni de las muchas instituciones que transportaron a la colonia y que, indudablemente, han influido poderosamente en nuestro modo de ser actual, pero que en realidad no son sino formas sensibles de los caracteres de raza que he diseñado ligeramente.

## V

El África ofrece, desde la antigüedad más remota, un imperio civilizado, el Egipto que, según muchos historiadores y sociólogos fue el que originó o creó la civilización más portentosa que han visto los siglos: la griega. Los egipcios fueron los maestros de los griegos. No se explica sino por leyes puramente cósmicas o por una oculta acción étnica que, en medio de una raza verdaderamente abyecta, que toca los límites de la animalidad pura, haya surgido un pueblo dotado de tan gran superioridad, como carácter e inteligencia. Ya no cabe dudar que, en épocas en que la Historia no alcanza a hundir su mirada escrutadora, hubo en el oriente del África una formidable invasión de una raza viril e inteligente que absorbió el elemento nativo imprimiéndole los elementos de sociabilidad, energía, intelectualismo, que traía en su organización psíquica y fisiológica y perpetuándolas por la herencia. Perfectamente comprobada está la existencia de una raza de color blanco, de cráneo distinto, de ángulo facial más abierto y de rasgos fisiognómicos diferentes. Muchos teóricos arrastrados por una filantropía ilusoria, han querido demostrar, ya que no la superioridad de la raza negra por lo menos su igualdad, como raza perfectible, a las razas blancas indoeuropeas, y se han fundado en el alto grado de cultura que alcanzó el Egipto y que relativamente conserva hoy. Pero, repito, ello fue debido precisamente a la acción de razas extrañas que anonadaron la índole salvaje del elemento indígena. Al occidente y al sur del Egipto comienza una gran extensión de tierra poblada por innumerables especies de hombres entregados, entre los bosques, y los ríos y las bestias a la vida instintiva de la animalidad, alumbrada por uno que otro destello de inteligencia. Desde la constitución física (rostro de símico, brazos y dedos largos dispuestos para la aprehensión, cabello lanudo, mamas desprendidas, incisivos prolongados, órganos sexuales grandes) hasta las formas de la actividad psíquica y organización de la

vida social, todo revela allí una inferioridad indiscutible, un abismo casi insalvable entre el *boschman* y el sajón o latino, distancia psíquica y fisiológica mayor que la que existe entre aquél y el antropoide. Esta raza inferior fue importada al Perú por Vaca de Castro, en 1555, para el trabajo de agricultura en la costa cuya rudeza no podía soportar la debilidad de los pobres mitayos.

El negro es físicamente vigoroso, como lo son las bestias de tiro. La vida de la selva, la campaña diaria por la vida ha fortificado sus músculos y forrado sus miembros con un blindaje sólido de estupidez que le hace apto para las labores rudas de la vida material. Su pasado ha sido gimnasia feroz ejercitada contra la garra del león, contra la pata del elefante salvaje y contra las fauces del tigre, allá en las espesuras siniestras y lujuriosas del África. El género de vida que lleva, obligado por las condiciones del pueblo en que vive, hace una huella profunda en la organización mental y moral de los hombres. Perfectamente sabido es que uno de los factores de la raza es el medio físico en que un grupo humano se desarrolla; ello va grabándose hondamente, y al fin constituye un carácter de raza que la herencia fija indeleblemente. Esa vida, puramente animal del negro, ha anonadado completamente su actividad mental (si es que alguna vez la tuvo) haciéndole inepto para la vida civilizada. El *Kraal*, o sea la agrupación de familias en torno de un jefe (el hombre más fuerte, el más sanguinario o el más audaz), es el mayor concepto de vida social que ha germinado en el cerebro africano, por iniciativa de su actividad mental; y más que por ella, por la fuerza instintiva que obliga a asociarse a los hombres por la necesidad egoísta de encontrar defensa contra un peligro, que es inminente para el individuo aislado en la vida salvaje. Sin más peligro que la naturaleza misma, constituido para la lucha brutal, el negro ha tenido un campo muy estrecho para las lucubraciones mentales. En él no ha habido desgaste de fuerza nerviosa; de modo que, si hubiera sido una raza intelectual, habría sabido domar la naturaleza, transformarla y hacerla dócil en la satisfacción de sus necesidades. Como no ha habido desgaste la raza, a pesar de los innumerables siglos que ha visto deslizarse, conserva íntegras las energías pequeñas de que está dotada: es una raza inferior, pero no una raza decrepita, como la raza india. Por eso, dentro de los límites de su propia inferioridad, la raza negra es más adaptable que la raza india, o mejor dicho, presenta menos resistencia a la acción civilizadora de las razas indo-europeas. En lo que hace al carácter, el negro es fiel, es sociable y fanático; al mismo tiempo es cobarde, rencoroso y sin energía. En la raza negra hay un elemento de degeneración que si no ha producido sus efectos es por la naturaleza misma de su vida salvaje, que tonifica su orga-

nismo, y por la inactividad de su vida mental. Ese elemento es la sensualidad, la lujuria desmedida de esta raza, que tiene en su sangre los ardores de ese sol que calcina los desiertos. Esa lujuria puesta en juego cuando la vida civilizada exija un gasto nervioso mayor, una vida mental más activa, cuando al mismo tiempo se junte a otras causas de degeneración, tendría que producir, en poco tiempo, el aniquilamiento y la decrepitud más alarmante. Hay en él una conciencia honda de su inferioridad moral y psíquica con respecto al blanco; y ello motiva la envidia sorda que le profesa, el odio agudo que le tortura, y al cual da salida siempre que la ocasión le favorece. La *lucha* de la raza negra con la blanca es constante en aquellos centros en que se ha ingerido la savia africana: tales son las repúblicas americanas, Estados Unidos, el Brasil, etc.

En resumen, la raza negra es una raza inferior porque no reúne las condiciones de intelectualidad y carácter que la sociología asigna a las razas perfectibles y predisuestas para constituir una nacionalidad próspera.

## VI

Frente a las costas de la América, y hacia el lado donde el sol agoniza, hay un imperio vastísimo, el imperio más vasto de la tierra, en el que vegeta estúpidamente una de las razas más viejas y más inútiles, que cuenta los millones de habitantes por centenares y que, sin embargo de ese gran poder colectivo que debía resultar por la acumulación de tantas energías individuales, es débil como una tribu infantil, débil como un gigante baldado y decrepito, incapaz de todo esfuerzo, incapaz de toda iniciativa y de toda actividad: es el imperio chino. Raza de una imaginación extravagantemente hiperbólica, de un espíritu eminentemente sutil, ha pasado rozando todas las formas del pensamiento filosófico sin llegar a ser una raza intelectual. Cansada de una jornada que no ha recorrido, hastiada de una vida que no ha vivido, se hunde en la monotonía de una existencia patriarcal, vagando en la tranquilidad de los extravagantes ensueños del opio. Débil y tímida, esta raza siente la necesidad de ocultar su impotencia ingénita entre las pomposidades más vistosas, pomposidades de hojarasca como su carácter. Por su modo de ser tan extraño, las razas asiáticas parecen una dinastía forjada entre las angustias de la pesadilla y las deformaciones de la fiebre: todo es en ella radicalmente distinto de la vida que estamos acostumbrados a ver en torno nuestro: hace el efecto de una estirpe caída de un astro misterioso y que, no encontrando una verdadera adaptación al medio, se hubiera

creado un medio artificial, extravagante e hiperbólico. Todas las razas representan algo que es el carácter distintivo de ellas; unas representan la energía de la voluntad, otras la reflexión, otras la vehemencia, aquéllas el espíritu práctico, o la imaginación, o la inteligencia, o la marcada inferioridad. La raza china en realidad nada representa, ni en el pasado, ni en el porvenir, ni en el presente: es un conjunto de hombres de la misma especie, que unidos por el mismo espíritu de inactividad, han ocupado desde épocas prehistóricas una enorme extensión de terreno sin llenar misión de ninguna clase, ni civilizadora, ni destructora: son la expresión del estupor de vivir. Parece que la raza asiática, inmóvil y azorada ante la vida, se hubiera quedado estupefacta, paralizada toda acción y sumida el alma en un ensueño pueril reflejado vagamente en esos ojos pequeños y sesgados. Los chinos, repito, no representan ningún principio activo de vida, nada útil, nada práctico, no constituyen una fuerza. Como nuestra raza india, la raza china es una entidad silenciosa y pasiva en la Historia. Mientras las otras razas entran en contacto, se mezclan, luchan o se unen, tienen apogeos o hundimientos, periodos de abatimiento profundo y de resurgimientos brillantes, para desaparecer al fin como entidades concretas y hundirse en ese cosmopolitismo de razas que es la coronación del progreso y el resultado final de la civilización; mientras las otras razas entran en juego devorándose las unas a las otras razas o fusionándose por los cruzamientos, la raza china permanece inmóvil en sus estepas, esperando con ojos estúpidos el torbellino de la vida de las nacionalidades. En vano ha sido que las naciones europeas y americanas hayan querido hacer entrar a este gigante en el concierto de la vida universal: la agitación le intimidó, y a cambio de que le dejaran tranquilo cedió sus productos, entró en el comercio con las demás naciones sin que esto pudiera alterar la indolencia de esta raza, sobre la que pesa el desprecio de todas las razas. Físicamente el chino es débil. La inmovilidad de su sangre no vigorizada por el cruzamiento que es el gran restaurador de los buenos elementos, le pone en la condición de esos niños escrofulosos y deformes que deben su desgracia a enlaces incestuosos entre hermanos y de padres con hijos. De allí que la sangre china, no renovada en tantos siglos, sea una sangre impura, enferma. El chino lleva en sus venas los gérmenes de repugnantes enfermedades que prueban lo que digo: esas enfermedades son la tisis, la lepra y la elefantiasis, enfermedades que, como es sabido, son hijas de los vicios de sangre y de la debilidad y de la degeneración de las razas. El organismo moral del chino no puede ser superior; y en efecto, ni la inteligencia, ni el carácter de esta raza revelan un vigor mayor. El intelectualismo

chino es sutil, y ya hemos señalado que la sutileza en la inteligencia, es un signo de degeneración. En todas las manifestaciones de la vida intelectual se observa ese carácter extraño y refinadamente pueril y artificioso. Su filosofía y sus artes tienen para nosotros ese encanto exótico, esa seducción de los sentidos de aquello que no es hermoso, que no es grande, sino raro y pequeño, de aquello que es expresión de un intelectualismo inferior, pero que no reviste las formas brutales y pesadas de otros intelectualismos inferiores. Y es que en estos encontramos la falta de un elemento artístico que está un poco desarrollado en la raza china indolente y soñadora: la imaginación. Sus casas de bambú, de cartón o de madera delgada; sus biombos de papel atestados de dragones, cigüeñas meditadoras y flores de pesadilla; sus kakemonos de paja tenue o de papel de arroz; sus abanicos poblados de mandarines amarillos y chinitas de pies diminutos; su teatro lleno de conquistas maravillosas, en que se desarrollan inverosímiles concepciones pueriles; su pintura que no ha pasado del cromo, sin combinaciones de colores, sin gradaciones, ni claro-oscuros: su poesía eminentemente hiperbólica; todo ello revela un intelectualismo *sui generis*, una vida mental artificiosa, completamente desviada del tipo de intelectualidad de las razas superiores. El chino es un niño que ha llegado a la ancianidad sin cruzar la región activa y energética de la edad viril. El carácter del chino es egoísta, como resultado de esa indolencia ingénita de su voluntad. Ese egoísmo e indolencia ha hecho callosa su sensibilidad moral: de allí que no teniendo el concepto de dolor sea una raza cruel, como lo manifiesta la barbaridad de sus castigos y suplicios aún para faltas que nuestras razas castigan con lenidad. Y no se crea que esto obedece a un alto y severo concepto de moralidad: es debido simplemente a la indolencia del carácter de raza, que obliga al gobierno a usar de la crueldad más refinada, para obtener el respeto de la ley. Nadie menos filantrópico que el chino.

Tales son, señores, a grandes rasgos, el modo de ser y el valor sociológico que representa esta raza importada al Perú, desgraciadamente, para el trabajo de la agricultura, cuando el espíritu esclavócrata de nuestros padres prohibió la trata de *piezas de ébano*, como llamaba Carlos V a los negros.

## VII

Todos estos elementos étnicos puestos en contacto, han originado las diferentes razas mestizas, que constituyen la parte medianamente civilizada de nuestra sociabilidad. Los injertos o razas cruzadas son numerosos. Al

principio la raza española se cruza con la india. A pesar del concepto tan despreciable que el hidalgo y el aventurero español tenían del mitayo, no por eso desdaban compartir el lecho con la india, en un concubinato favorecido por los ardores de esta tierra y por la sumisión de la india que, como una bestia mansa, se prestaba a servir el placer de su amo, llegándole a amar con esa pasión resignada y fanática de la hembra, que en esta raza tuvo una convicción más profunda e instintiva de su inferioridad con respecto al varón. Como en un principio los españoles no tuvieron a su alcance mujeres numerosas de su propia raza, tuvieron que satisfacer las necesidades físicas y morales del sexo con mujeres de la raza vencida, de las que muchas, principalmente las del norte, eran suficientemente hermosas para activar la sensualidad del aventurero español. Muchas llegaron a inspirar verdadera pasión en ellos, al extremo de casarse éstos, legal y católicamente, con nuestras indias. De modo, pues, que un siglo después de la conquista, en todas las ciudades que fundaran los españoles, además del elemento español que continuamente traían las carabelas de la metrópoli, había un núcleo de población de raza mixta sobre la cual continuaba operando el elemento extranjero. De este modo, cumpliéndose las leyes sociológicas que presiden la formación de las razas, se fue creando esa raza criolla que, si bien era inferior a la raza española, era muy superior a la indígena.

Si la raza india hubiera tenido en su naturaleza verdaderas condiciones de sociabilidad, indudablemente habría absorbido al elemento español cuyo número era relativamente muy inferior. Pero no, raza sin fuerza expansiva, se dejó influir fácilmente: la ley evolutiva no tuvo que vencer resistencias. Quizá si en medio de su condición huraña y refractaria, la raza indígena tuvo que escuchar esa voz inconsciente que arrastra a la humanidad a su perfección. La raza india, sin adaptarse absolutamente a la vida y constitución del espíritu español, sufrió pasivamente su influencia, y el resultado, indudablemente, fue una mejora étnica. De ese contacto de las razas española e india hubo un sobrante inútil para la labor evolutiva de la naturaleza, un bagazo sociológico llamado a ser anonadado, a desaparecer; y en efecto, con una rapidez asombrosa el elemento indígena fue desapareciendo poco a poco: había cumplido pasivamente su misión en la realización del proceso evolutivo de la nueva nacionalidad, y ya no le quedaba qué hacer sino morir. La raza india, cuya población en el Perú era de más de diez millones, decreció prodigiosamente, y hoy ella apenas si llega a la quinta parte. Era necesario que se cumpliera esa ley sociológica observada por Spencer y Darwin, y que Le Bon estudia sabiamente en el libro que ya he citado: ley

que podría formularse así: todo pueblo inferior, en presencia de uno superior, está fatalmente condenado a desaparecer.

El mestizo resultó más o menos dispuesto a la vida civilizada según que por sus venas corría en más o menos cantidad la raza superior. En la misma medida era natural que se observara la ley de atavismo con respecto de los defectos y virtudes de las razas correspondientes. Se acercaba a la india, y el mestizo era concentrado, tímido, cobarde; a la española, y era expansivo, audaz, valiente.

Intervino la raza negra en la formación de las generaciones. En centros muy populosos las razas procuran cruzarse lo menos posible. Así, en la Gran Bretaña, se ve perfectamente delineado el elemento celta y el elemento sajón; y es porque la raza encuentra en sí misma todos los elementos vitales necesarios para su existencia social y no la precisa el fusionarse, porque la vida sexual se encuentra ampliamente satisfecha sin salir de los límites de su propia sangre. Por lo menos sucede que el cruzamiento es lento, de modo que las razas, a la vez que conservan su tipo integral, se van mutuamente medicinando del desgaste con la renovación lenta. Pero en el Perú no podía suceder esto. Aparte de un hecho puramente fisiológico, como era la sensualidad del negro y el ardor del español y del mestizo, había una circunstancia que favoreció los cruzamientos rápidos, la pequeñez de la población y la enormidad de territorio que abarca el virreinato. Otra circunstancia: la forma en que vino el negro al Perú: como esclavo, y en esa condición la negra tenía que entregarse ciegamente a la lujuria del amo y a la naciente de sus hijos. Por todo esto el español y el mestizo no tuvieron repugnancia en mezclar su sangre con la raza negra y dar origen así al mulato, zambo, chino-cholo, cuarterón, etc. La enumeración de las variantes es tan larga como las combinaciones posibles de elementos que llevaban desigual cantidad de sangre pura. Como sucedió con el mestizo, el mulato, según la aproximación que tenía con las razas progenitoras, así eran sus cualidades. Como el elemento superior, el blanco entraba en pequeñas proporciones, las cualidades superiores del mulato eran pequeñas. Sin embargo, el mulato era más despierto que el mestizo, más activo, más astuto, más violento y ardoroso. Estas cualidades eran más saltantes en la mujer mulata, sobre todo en el tipo llamado *cuarterón*. La *china* o cuarterona, algo diferente de la *zamba*, es un tipo casi desaparecido hoy; puede decirse que fue un momento histórico de los cruzamientos. Los antiguos limeños recuerdan con fruición los encantos de la china. Alta, flexible, atrevida, infatigable para el placer, tenía una admirable expresión de gracia y frescura que seducía los sentidos y trastornaba el



espíritu. Venus de canela, tenía en sus ojos negros, brillantes y provocadores las promesas más incitantes. Nada más gracioso que una china desplegada la cabellera ondulante, esponjosa y cubierta con flores de perfume sensual, como el aroma y el jazmín, caminando con paso rítmico, mirando con la arrogancia de la hembra triunfadora y convencida del poder que ejercía sobre los nervios del español y del mestizo, con el donaire de su cuerpo admirablemente modelado y de la hermosura picaresca de su rostro. Sacó este tipo las fogosidades africanas, el tinte moreno, como un recuerdo de la raza, así como la rebelde ondulación del cabello; y de la raza española la corrección de las facciones levemente modificadas en la nariz y en los labios, y el ingenio, la agudeza y cierto vago espiritualismo, que volvía locos a los antiguos limeños.

La raza asiática importada al Perú muy posteriormente, ya en la época de la República, no pudo felizmente cruzarse con las razas mestiza y mulata. Su tipo repulsivo, su torpeza para adoptar el idioma español, su paganismo en las creencias, y más que todo eso, cierta instintiva repugnancia o desprecio alejó a los naturales del contacto sexual con estos infelices. La raza china que vino al Perú era aún más degenerada de la que he descrito anteriormente. Aparte de que salió para la inmigración de las castas inferiores más abyectas y pasivas, tenía un vicio asesino: la pasión del opio, pasión propia de razas enfermas, que sumerge a los individuos de un letargo constante, en un estúpido ensueño en el que sucumben las fuerzas físicas y la actividad mental. Para formarse una idea de la miseria de esta raza, basta penetrar a una de esas pocilgas, en que se agrupan y se estrechan monstruosas cantidades de chinos. Allí, donde sólo pueden vivir cómodamente diez individuos, se reúnen y viven ciento cincuenta, en una promiscuidad repugnante en la que estrangulan a la naturaleza. Entre las nubes de humo del opio, de ese veneno de la inteligencia, no se persigue sino una masa vaga de hombre de pesadilla revolcándose con ansias epilépticas sobre los jergones y el suelo, los ojos fijos en un ensueño extravagantemente hermoso que creen ver dibujarse en un punto del espacio: dando gritos roncacos, mientras otros, movidos por una excitación enfermiza se entregan a infames contubernios sexuales, a un monstruoso androginismo... Felizmente, repito, esta raza se ingiere con dificultad en la sangre de los mestizos y mulatos: hay instintiva repulsión en todas las razas cruzadas, con más intensidad a medida que se acercan a la superior. Así en el indio esa repugnancia no es tan grande: parece que husmeara a través de los siglos, en presencia del chino, el olor del nido común. Por eso los pocos casos de cruzamiento con los chinos se han

verificado en la raza india y, por fortuna, este nuevo mestizo sale en tales condiciones de degeneración que desaparece pronto: por lo general el hijo del chino y de india muere antes de llegar a la virilidad, acaso de una virilidad que sería infecunda como la del mulo.

### VIII

Tales son, señores, los elementos que han entrado a la formación de la raza criolla en el Perú. De ellos el único elemento superior fue el español, y éste, por su número relativamente corto de individuos, no pudo imprimir a las razas con que se cruzó todas las buenas cualidades de su sangre, y las que pudo imprimir fueron modificadas por la acción deprimente de las otras razas.

En una breve síntesis procuraré, señores, señalar las notas características y comunes a todas las variantes de la raza criolla, y que constituyen lo que podríamos llamar la tonalidad del espíritu nacional. Estos caracteres son, en mi concepto, los que voy a expresar.

**Bondad de genio.**- El peruano tiene el alma abierta a los sentimientos nobles: esa bondad le ha arrastrado siempre a tender la mano al desvalido, a favorecer siquiera con sus simpatías todas las causas justas. De allí también que los institutos de Caridad, en el Perú, siempre han sido fecundos en resultados benéficos. Caluroso de imaginación, puede dejarse arrastrar por un noble sentimiento y ser héroe en cualquiera de las formas con que se concibe el heroísmo. Indudablemente que en esta forma de carácter, aparte de la herencia española de hidalguía y lealtad, hay mucho debido a la acción del clima: se ha observado que los países meridionales son casi siempre bondadosos. El indio a este respecto es inferior al negro: indolente y egoísta, el indio es incapaz de una acción heroica, por iniciativa de su sangre.

**Espíritu artístico.**- Dotado de una imaginación fogosa, resultado también de la herencia y del medio, el peruano dirige más su actividad mental a las lucubraciones artísticas que a las científicas. Nuestras razas han producido más artistas de genio o ingenio que pensadores, y los pocos que hemos tenido han representado más bien una adaptación fácil a las formas del pensamiento filosófico extranjero, que una espontánea floración de un intelectualismo profundo. Esos mismos pensadores han sido, más que todo, artistas. Inteligencia viva, pero poco profunda; memoria vigorosa, concepción fácil y fantasía ardiente, son las características del intelectualismo peruano, lo que indudablemente debía producir, como ha producido, artistas

espontáneos, casi siempre malogrados por la acción del medio social deficiente o por la acción misma del carácter del artista, carácter el menos aparente para guiar en las vías del perfeccionamiento el arte de su vocación.

**Espíritu de desorden y anarquía.**- La acción de este carácter es el mayor enemigo que tienen las nacionalidades. Todo ha contribuido a vaciar en nuestro espíritu este corrosivo tenaz, que malogra todas las manifestaciones de nuestra vida social, política y privada. Las razas progenitoras, las razas cruzadas, el medio, la educación: todo. La raza española trajo el espíritu de rebelión en la sangre, la tendencia innata al desorden y a la lucha: ése es un hecho indiscutible que todos los sociólogos han señalado como carácter innato del español. Los peruanos fuimos, en América, el pueblo más en contacto con la raza española, como que el virreinato del Perú fue la hija predilecta entre todas las colonias (también la más productiva y explotable) y este carácter saltante de raza teníamos que heredarlo a fuer de buenos hijos. La educación inmoral que recibieron los mestizos durante el coloniaje, con la presencia de instituciones inmorales y con la inmoralidad de los hombres, tuvo que anonadar todo sentimiento de orden, respeto y moralidad. Añádase la acción de la raza negra que, de un modo inconsciente, tenía que revelar el sentimiento de rebelión de una raza inferior domada por una superior y obligada a una condición infame. Igual cosa digo de la india, a pesar de su pasividad e indolencia, porque en medio de ella había el rencor concentrado de una raza vencida y expulsada como entidad integral de la civilización. Había, pues, una lucha sorda de razas en el organismo social, a pesar de la aparente transigencia de las unas con las otras. En un mismo individuo las diferentes sangres con las diferentes aspiraciones libraban una batalla silenciosa, que tenía que traducirse en la vida pública por la anarquía. Dice Le Bon que: «todos los países que presentan un gran número de mestizos están, por esta única razón, condenados a una perpetua anarquía, al menos mientras no estén dominados por una mano de hierro. Tal es lo que sucederá en el Brasil. Este país no cuenta sino un tercio de blancos, el resto de la población es de negros y mulatos.» El célebre Agassis dice respecto del Brasil «que basta haber estado en el Brasil para no poder negar la decadencia resultado de los cruzamientos. Estos cruzamientos debilitan las mejores cualidades del blanco, del indio y del negro, y producen un tipo indescriptible cuya energía física y mental se debilita.»

**Falta de carácter.- Vehemencia de las pasiones.- Sensualidad.- Fanatismo.**- Consecuencia inevitable de la heterogeneidad de razas que provinieron de cruzamientos tan complejos es la falta de carácter. El espíritu que anima

al peruano fluctúa entre las vehemencias del visionario y las indolencias seniles. El peruano, más que todo imaginativo, abraza, con una vehemencia y ardor propio de las razas superiores, un ideal; emprende con entusiasmo su realización (si la emprende, si su entusiasmo pasa de los límites del lirismo ideológico) pero al menor obstáculo serio se aniquilan sus energías, un enfriamiento bochornoso paraliza sus fuerzas, y lo que era entusiasmo y ardor se convierte en indolencia y frialdad. Supongamos que por una persistencia de actividad llega a vencer los obstáculos y obtener la realización del ideal, como sucedió en la campaña de la independencia; entonces las energías que ha empleado en la consecución del fin le aniquilan, le dejan completamente agotado para explotar el triunfo y obtener las ventajas latentes de su victoria. Los entusiasmos del peruano y de casi todos los americanos son terribles: son efervescencias locas, siempre que no requieran un esfuerzo lento y continuado, pues entonces concluyen en congelaciones desoladoras. El peruano, capaz de dominarlo todo en una crisis de fiebre, es incapaz de dominarse a sí mismo, y este poder de sujeción es, como nota Le Bon, una característica de las razas superiores y verdaderamente perfectibles: es el fundamento de la moralidad pública y privada: es la nota reveladora de la energía de carácter, sin la cual es imposible la perfección de una nacionalidad, pero ni siquiera una mejora considerable. Otro elemento degenerativo que llevamos en la sangre, que es a la vez efecto de los cruzamientos de razas ardientes, como la española y la negra con la india indolente, y causa de la degeneración futura, es la sensualidad, que calcina y destruye nuestra salud y nuestras pocas fuerzas nerviosas. Ella, indudablemente, tiende a formar generaciones enclenques, enfermizas, escrofulosas, sifilíticas e histéricas. El fanatismo es también otro elemento influyente en la retrogradación de las razas, o por lo menos de su estancamiento. El español, como el negro, es fanático: el indio lo es menos, a causa de la somnolencia de su espíritu, pero su misma inactividad cerebral ha contribuido a perpetuar por los cruzamientos ese espíritu maléfico.

## IX

Con estos elementos de sociabilidad, veamos, señores, cuál es el porvenir posible de nuestras razas, cuál el porvenir del Perú como nación. Desde luego creo que la experiencia de varios siglos ha demostrado todo lo que puede esperarse de la raza india; raza embrutecida por la decrepitud, es por su innata condición inferior y por los vicios de embriaguez y de lujuria, un

factor inútil, no sólo para la vida civilizada moderna, sino hasta para el caso de una reconstitución del imperio de los Incas. Hoy Manco sería impotente para hacer de esa raza un cuerpo compacto. Los elementos inútiles deben desaparecer, y desaparecen. A medida que la civilización vaya internándose en la sierra y las montañas, el elemento indígena puro irá desapareciendo, como sucede en los Estados Unidos con las pieles rojas. El empuje lento de la civilización irá exterminando, poco a poco, esta raza infeliz, inepta e incapaz del desarrollo de mentalidad y voluntad propios de las verdaderas naciones. Habría un medio para ayudar la acción evolutiva de las razas: el medio empleado por los Estados Unidos; pero ese medio es cruel, justificable en nombre del progreso, pero censurable en nombre de la filantropía y del respeto a la tradición, algo arraigados ambos en el espíritu peruano: ese medio es el exterminio a cañonazos de esa raza inútil, de ese desecho de raza. Con otro carácter menos idealista y más práctico, con una superabundancia de población superior con que cubrir el vacío que dejaría esa raza infortunada, que de todos modos representa un recuerdo histórico, indudablemente que ese sería el medio más expeditivo. Lo es en Estados Unidos en donde el rugido de una fábrica, y el hosanna de progreso lanzado por las cien chimeneas fumantes de una industria, levantada donde un año, un mes, una semana antes se alzaban las chozas ovaladas de una tribu de comanches y pieles rojas, acallan los gritos de la filantropía y los gritos de una conciencia, en verdad, poco escrupulosa. En el Perú esa desaparición será lenta, porque el contacto de las razas costeñas con las indígenas ejercerá una acción lenta de destrucción.

La raza negra, por ser una raza inferior, irá también desapareciendo. Hoy mismo se observa cuánto ha decrecido, con el cruzamiento principalmente, en los centros más populosos y civilizados del Perú. El mestizo conserva, desde la época colonial, el recuerdo de su vida en contacto con esta raza. La negra esclava fue la que, en las casas señoriales, acudió en la familiaridad de la vida común al despertar de la virilidad de su joven amo. Por eso hoy, a pesar de las apariencias de orgullo de clase, no existe en lo íntimo de la naturaleza del señor, del hombre civilizado, repulsión sexual por la raza negra y menos por las mulatas y mezcladas. Ello si bien contribuye a conservar los defectos de la raza, contribuye también a hacerla desaparecer por sucesivos cruzamientos, que acabarán por extinguir o, por lo menos, disminuir mucho la sangre africana. La raza negra está, pues, llamada a desaparecer por absorción.

La raza china, cuya acción es pequeñísima en la sociabilidad de nuestras razas, también está llamada a desaparecer por inadaptación o por expulsión gubernativa, cuando haya el convencimiento de los perniciosos efectos que esta raza degenerada, viciosa y sucia puedan ocasionar en la vida de nuestro pueblo. Aunque esta raza se cruza difícilmente y los frutos de este cruzamiento tienen poca vida, constituye una alarma por los vicios que enseña a nuestro pueblo, por las enfermedades que, al fin y al cabo, se estacionan en la sangre, la empobrecen más, la debilitan y dan resultados siniestros.

La única raza, pues, que está llamada a un porvenir es la raza criolla cuyas notas de carácter he señalado ya. Repito, la falta de energía es el defecto capital de esta raza, defecto que la imposibilita para construir una nacionalidad. Es inútil que posea un intelectualismo brillante, sin ser profundo, sin ser práctico. Quijotes eternos, locos perseguidores de ideales, nos afanaremos por lanzarnos entusiastas en pos de ilusiones. Leyes, educación, administración honrada, fogosidades santas, severidades inútiles, todo fracasará porque no son las medidas particulares ni la educación las que pueden encadenar a la indomable bestia que se agita en el fondo de la raza; no son ellas las que la modifican y cambian sus instintos. Lo más que se obtendrá será momentos de pasajero progreso, chispazos de apogeo, lapsos históricos de aparente superioridad; pero debajo de esa seductora apariencia, de esa hermosa superficie, los ojos penetrantes del psicólogo y el sociólogo verán los cimientos de hojarasca, los pies de barro del gigante, verán que ese momento histórico no es sino una hermosa decoración, frágil y leve. Sí, señores, la falta de carácter coloca a los criollos en la condición de una raza medio incapaz de progreso, si no se la sujeta a una terapéutica étnica que garantice su salud física y su vigor moral en un porvenir más o menos lejano. ¿Por qué la República Argentina y hasta Chile son hoy naciones florecientes? Por el carácter. ¿Y por qué tienen carácter? Por que los elementos inferiores de raza entraron en poca cantidad en la constitución de su pueblo actual, y los superiores en más cantidad: En oleadas benéficas ha recibido la República Argentina la sangre italiana, inglesa, francesa y española. La Argentina es hoy una cosmópolis de todas las sangres superiores. Ellas se han fusionado, han formado un todo, algo heterogéneo, pero esa heterogeneidad en nada daña la unidad del espíritu nacional que cubre como una sábana todas las cabezas. En cambio hay en la Argentina más carácter que inteligencia, y eso basta para que la nación se constituya, se engrandezca, y sea considerada como la única nación civilizada de la América del Sur. El elemento negro es

completamente extraño, el chino también, y el elemento indio si no está completamente absorbido por la sangre superior está en vías de serlo. Es así, por cruzamientos sucesivos con las razas superiores que se forman los pueblos grandes. Chile, en grado inferior, ha pasado por igual proceso étnico: la raza inglesa a influido poderosamente en la formación del elemento civilizado: la mayoría de las familias chilenas son de origen inglés, como se observa por los apellidos. El gaucho tiene menos de esa sangre, pero en cambio no se ha cruzado con el negro. Los españoles celosos de su virreinato tan productor, no permitieron o por lo menos dificultaron el ingreso de otra raza en el Perú; y ello si redundó en provecho de España, porque nos impuso su espíritu con todos sus defectos, también redundó en perjuicio de la vida mental y del carácter de la colonia.

La raza criolla en su valor de raza mediana, de raza inteligente y artística, está en excelentes condiciones para cruzarse con alguna raza que le dé lo que le falta: el carácter. En mi humilde concepto, señores, creo que él puede dárselo la raza alemana. El alemán es físicamente fuerte: vigorizará los músculos y la sangre de nuestra raza; es intelectual, profundamente intelectual: dará solidez a la vida mental de nuestra raza, armonizará, en el cerebro de los escogidos, el sentimiento artístico, herencia de la raza latina, con el espíritu científico de los germanos; es sereno, enérgico, tenaz: será contrapeso a la vehemencia, debilidad e inconsistencia de los criollos. Es la raza alemana, en mi opinión, la que más beneficios hará en nuestra sangre desequilibrada; es la raza alemana con sus admirables condiciones de energía, moralidad y orden la que crearía, al cruzarse con la criolla, una generación equilibrada, dotada de carácter, de menos sensibilidad, pero con más respeto a la ley y al deber.

Creo, pues, que el gobierno verdaderamente paternal, celoso para nuestra patria, será aquel que favorezca con toda amplitud la inmigración de esta raza viril, aquel que solicite la inmigración de algunos millares de alemanes, que pague a precio de oro esos gérmenes preciosos que han de constituir la grandeza futura de nuestra patria. Abandonar los lirismos de mejorar el régimen administrativo. Ello es una noble medida, pero ineficaz si se emplea aislada. Nada pueden las leyes y los proyectos cuando el enemigo más formidable de ellos está inconsciente, pero indomable, en el seno mismo de la raza. Por mucho que los teólogos chirles y los técnicos fantasistas celebren el poder de la libertad y la independencia y la pureza del alma humana, lo cierto es que los pueblos son razadas de animales, y que sus instintos y tendencias no se modifican con leyes y con educación sino con

Tesis

cruzamientos acertados: el espíritu de una raza palpita encima y debajo de los artificios. Será poco poético aquello de tratar a los pueblos como especies vacunas que se mejoran haciendo cubrir a la hembra por un toro de tales condiciones. Pero ¿qué importa que este concepto sea poco poético, si él es la fórmula de la felicidad y la superioridad futuras del Perú? ¡Oh! Señores, nada más prosaico que el progreso.

*CLEMENTE PALMA.*  
*Lima, Agosto 12 de 1897.*